

ROSARIO BRITÁNICO

JÚBILLO DE LA COSECHA

Aquí termina el verano; ahora, bárbaras en belleza las
hacinas se alzan
por doquier; alto, arriba, ¡qué viento anda!, ¡qué com-
portamiento adorable
de nubes vueltas, desfundadas! ¿Y alguna vez algún vio-
lento, volante
u ondulante
molde de harina cernida se hubo fundido así por todo
el cielo?

Ando, me levanto, levanto el corazón, los ojos
por sobre toda esa gloria que en los cielos recoge el
Redentor;
y los ojos, el corazón, ¿qué miradas, qué labios han
nunca respondido
con tal raptó de amor y júbilo tan real y tan rotundo?

Y el colgante azul de las colinas, de donde pende el
mundo, son sus hombros
majestuosos —como semental bronco, tan dulce-
mente violeta—.
Todo esto, toda esta belleza ha estado aquí anhelante,
y sin embargo
sin testigo; y cual dos cuando se encuentran,
el corazón genera alas exactas y avezadas
y se lanza en pos; sí, casi la tierra escapa debajo de los
pies.

G. M. HOPKINS (1844 - 1889)
Traducción de Julio Hubbard

SOMBRAS

Y si esta noche mi alma pudiera hallar su paz
en sueños y hundirse en bondadoso olvido
y en la mañana despertara como flor recién abierta,
entonces nuevamente me habré sumergido en Dios, y
recreado.

Y si, al igual que pasan las semanas, en el lado oscuro
de la luna
mi espíritu se oscurece y sale, y suave, extraña tristeza
cubre mis movimientos, pensamientos y palabras
sabré entonces que camino, que aún camino

con Dios, y estamos cerca, ahora que la luna está en
la sombra.

Y si, igual que el otoño se ahonda y se oscurece
siento el dolor de las hojas al caer y tallos que se rom-
pen en las tormentas
y turbulencias y disolución y la zozobra
y luego, suaves sombras profundas plegándose, ple-
gándose
sobre mi alma y mi espíritu, sobre mis labios
dulcemente, como un letargo, o más bien el estupor
de una grave, triste canción
cantada más opacamente que el ruiseñor, y así hacia
el solsticio
y el silencio de los días cortos, el silencio del año, la
sombra,
sabré entonces que mi vida aún se mueve
con la oscura tierra y se humedece
en un profundo olvido, en el lapso de la tierra y su
renovación.

Y si en las fases cambiantes de la vida del hombre
cayera enfermo y miserable
y mis muñecas parecieran rotas, mi corazón muerto
ausente ya la fuerza y mi vida
fuera sólo los restos de una vida:

y aún, dentro de todo, jirones de amoroso olvido,
jirones de renovación,
escasas flores, al viento, sobre su lánguido tallo, pero
todavía flores y nuevas y raras
que así como una vida, que no brotaba, son botones
nuevos de mí—

entonces sabré de cierto que estoy,
que aún estoy en manos del Dios que desconozco
y es Él quien me anonada hasta su propio olvido,
hasta llevar, a una nueva mañana, un hombre nuevo.

D. H. LAWRENCE (1885 - 1930)
Traducción de Julio Hubbard

EL PERCANCE

He olvidado
 la vieja búsqueda de la verdad,
 por la que estoy aquí. Otras cuitas
 me atraparon: urgencias
 del cuerpo; una muchacha
 me hizo señas; el dinero
 nunca pareció
 tan etéreo: sangre de Dios
 circulando por las venas
 de la creación. Participé
 en él como si comulgara,
 perdiéndome en el mismísimo
 camino a casa, con las variantes voces
 del llamado. Retrocediendo
 hacia un futuro
 que regresa, he perdido el uso
 de la perspectiva, tomando poesía prestada
 para comprarle a mis hijos
 su prosa. El pasado era un rey
 pobre, que entregaba su corona
 al historiador. Todos los días
 seguí adelante con aquel
 tráfigo metálico en el cual
 el único percance era el amor.

EL LLAMADO

Y vino el verbo —¿era un dios
 el que hablaba, o era un diablo?— ve
 a esa humilde capilla; déjalos leer
 en tus sueños; sábette que el silencio es
 sabiduría. Quédate solo, contigo mismo,
 al igual que los otros, solos en la fría recámara
 del viento. Escucha la tierra
 murmurar la monótona canción
 del limo: tengo hambre, tengo
 hambre, a pesar del pardo estiércol
 de esta gente. Míralos partir
 uno por uno por esa oscura puerta
 con el boleto de tus plegarias arrugado
 en sus manos. Comparte su confuso
 júbilo ante la caída inane
 de sus niños. Y pon a prueba tu creencia

en el espíritu con esos rostros que te indagan;
 o con la rendición de la belleza frente
 a la verdad; o con la venta en la que el alma
 a sí misma se ofrece en una esquina

cerca del fuego de la piel. Aprende la delgadez
 de la ventana que hay en medio
 de ti y de la vida, y cómo
 la mente igual se corta si atraviesa.

SURGIMIENTO

No rezo ya como en los viejos tiempos,
 Dios mío. Ni mi vida es lo que era.
 ¿También la tuya acepta la presencia
 de la máquina? Una vez quise pedir
 alivio. Ahora, yo hago mis recetas:
 voy y bebo, sin culpa, de la sangre
 de mi hermano, o voy y entrego mi carne
 para manuscrito de ese gran poema
 del escalpelo. Me hubiera arrodillado
 largamente, luchando contigo hasta
 confundirte. Como si fueras sordo, miles
 de mortales perpetran su acerado
 grito, explicando tu silencio
 con su incapacidad.

Comienza a verse
 que de esto no se tratan las plegarias.
 Es, más bien, anular las diferencias:
 la conciencia de mí, dentro de ti,
 de ti en mí, de lo que surge desde
 la adolescencia en la naturaleza
 hacia la adulta geometría
 de la mente. Ya creo reconocerte,
 Dios de la forma y Dios del número.
 Hay preguntas para las cuales somos
 la solución y otras cuyos ecos
 debemos extender. Nuestra vía es circular:
 no nos vuelve al jardín de la serpiente
 ya muerta; nos induce a la altísima ciudad
 del vidrio, a la probeta del espíritu.

R. S. THOMAS (n. 1913)
 Traducción de Julio Hubbard

FONTE

Al principio no permitas que perturbe
 más que la alusión de un estanque predicho en lo pro-
 fundo del bosque
 o un oleaje tan lejano que debas abrir
 tu ventana para escucharlo.
 Considerárala entonces como elemental, como
 necesaria,
 no para llevar hasta ella una copa ni tampoco
 para que se demoren los labios o el ojo se reciba a sí
 mismo
 en el reflejo, sólo
 como agua que la luna paciente persuade y agita.

Y luego acércate,
 imagina ríos sobre los que sí te embarcarías,
 cascadas donde pudieras
 acallar un ocaso al mirar, pero nunca
 vieras el mismo tumulto repetirse.
 Sí, sal de la calle estrecha y entra
 en la plaza plena. Ven hasta donde el ruido subyuga
 y hasta donde las estatuas ante el aire roto se arrodillan.

Obsérvala allí: la fuente, demasiado veloz para las
 sombras
 y salvaje para que la luz que la ilumina retenga,
 ni por un instante, una onza de agua;
 observa tal prodigalidad y pondera:
 es la elegancia, es la doma,
 la abstinencia de mil chorros florecientes
 que acumulan la energía pero permiten a los que miran
 ver en esa tensión la imagen de la calma completa,
 de la quietud. Eso es lo que habremos sentido
 una vez, a la orilla de alguna corriente perpetua,
 temerosos de palpar, sin tener sed alguna,
 aterrados al no percibirnos
 pero filtrando el agua hasta el prodigio más profundo.

ELIZABETH JENNINGS (n. 1926)
 Traducción de Aurelio Major

PARA HABLAR DEL ALMA

Para hablar del alma.
 Me levanto temprano. No se puede dormir en el estío.
 En la mañana, un ruseñor cegado sigue despierto den-
 tro de ti.
 Lo que ha sido hecho y padecido,
 junto con aquello que ha de padecerse,
 está en el alma.
 Los oráculos se dan en otro lado. Lo que dicen se aso-
 cia con el bronce.

Por la mañana, muy temprano,
 se ven mujeres caminado a los santuarios:
 un leve toque de sol en lo blanco,
 un leve toque de lumbre sobre el aceite.

Tú no me dices nada.
 Este es el desierto del que habré de escribir.
 Este desierto no es una isla: la isla no está encantada:
 este desierto no es habitación para los hombres.
 El ave de los ojos quemados cantó la más dulce.
 Un desierto más allá
 de una pequeña y simple nube. Calor al mediodía. Una
 breve escritura constelada. Calor a medianoche.
 Tú nunca dices.
 Para ser despertado al oír
 las voces de las aves encantadas
 y las voces de las desencantadas.

Pues, ¿qué es como un árbol, como un río, una
 montaña
 o una nube sobre el sol?
 Mi memoria vuelve a oscurecerse
 por esa viva luz y esa muy tenue.

El alma no pasa de ser humana.

El cielo que se alza se ensancha igual que el desierto.

PETER LEVI (n. 1931)
 Traducción de Julio Hubard

EL ATAVÍO

El blanco albornoz abierto,
 el cabello aún mojado,
 primera frescura en el pecho
 como un copón en la palma.

*Nuestros cuerpos son templos
 del Espíritu Santo. ¿Lo recuerdas?
 ¿Y las pequeñas cortinas, partidas en dos,
 cubriendo y descubriendo el sacramento*

en el cáliz puntualmente? ¿Y la casulla
 elevada con maestría? Pero mejor vístete
 con la palabra que me enseñaste
 y con lo que más adoro: seda al natural.

SEAMUS HEANEY (n. 1939)
 Traducción de Pura López Colomé



UNA PIEDRA DE RECUERDO

Es una especie de piedra bermeja,
una suerte de calabaza fósil,
tan confiablemente densa y ladrillosa
que me encanta sobarla en una y otra mano.

Era más rojiza —mostraba su paso
por aguas muy bajas— cuando la recogí,
vadeando por una playa en desniveles
de Inishowen. Por el estuario, luz tras luz,

fueron llegando en silencio, rodeando la extensión
del caserío. ¿Una piedra de Phlegethon, ensangrentada
en el lecho del río candente del infierno?
La helada vespertina y el agua de sal

me hicieron humear la mano, como si se le hubiera
arrancado el corazón
a quien condenó a Guy de Montfort a las aguas de fuego;
pero no; yo recordaba el venerado corazón
de su víctima en la urna.

En fin, ahí, con esa piedra roja y mojada en la mano,
me quedé observando las torres vigías
desde mi libre estado de imagen y alusión,
atrapado y luego arrojado por los más diestros bino-
culares;

una silueta por la que no vale la pena preocuparse,
que se tomó la tarde, en mangas de camisa,
pero no se estaba a punto de poner bien o mal la hora.
Un devoto como tantos.

SEAMUS HEANEY

Traducción de Pura López Colomé

CUBA

Mi hermana mayor llegó a casa esa mañana
Con su vestido de noche de muselina blanca.
"¿Quién demonios te has creído para andar
Yendo a los bailes casi desvestida...?
Como si no tuviéramos ya suficientes problemas
Con el mundo y sus guerras." Le gritó mi padre
Golpeando en la mesa del desayunador.

"Esos yanquis eran una moneda en el aire—
Si has escuchado a Patton en Armagh—
Pero este Kennedy es casi un irlandés,
Así que no es mucho mejor que nosotros.
Y él con sólo decir una palabra...
Si algo te anda dando vueltas en la cabeza
Más vale que hagas las paces con Dios."

Pude escuchar a May desde atrás de la cortina.
"Acúsome, Padre, porque he pecado.
Una vez dije una mentira, fui desobediente una vez.

Y, Padre, un muchacho me tocó una vez."
"Y, dime, hija mía ¿te tocó en forma indecente?
¿Te tocó el pecho, por ejemplo?"
"Se rozó conmigo, Padre. Muy suavemente."

NUESTRA SEÑORA DE ARDBOE

I

Allí, en un rincón del campo de aulagas,
Justo allí, donde florecen los cardos.
Ella estaba allí, como en Belén
Una noche de 1953 o 54.

La muchacha reclinada sobre la puerta
Vio al ganado arrodillarse —y se arrodilló.

II

Supongo que la hija menor de un granjero
Es tan capaz de desenredar el camino
Como cualquier otra, al ombligo de Cristo.

¿Quién ha de conocer lo que conocerse puede?
¿La leche del pecho de la Virgen María,
La pluma que cae del Espíritu Santo?
¿La espina encantada? ¿El manantial sagrado?

Nuestro simple deseo de que exista algo más
Que un trabajo, una esposa, un carro, un hogar—
O la comodidad del agua corriente.

Pues prefiero pensar, al recorrer estos campos,
Que un manantial sagrado no es menos profundo
Ni más insondable que los estanques de Shiloh,
Ni la espina encantada menos cierta que la Cruz.

III

Madre del Creador, Madre del Salvador,
Madre amantísima, Madre admirable.
Madre inviolada, Madre inmaculada,
Virgen prudentísima, Virgen venerable.

Camino con las violetas y los oros a la cintura
Con un brazo tan largo como el otro.

PAUL MULDOON (n. 1951)

Traducción de Alberto Blanco

